

1- EL OBRERO - SU FUNCIÓN

Iván Baker

Introducción:

Debemos ahora hablar del obrero y su visión, como algo indispensable para su preparación espiritual y la eficacia de su función.

Un discípulo sin visión es un discípulo anormal. Por su puesto, esta anormalidad sería menos admisible en un obrero del Señor.

Cuando digo visión, me refiero a un llamado de Dios – un llamamiento celestial, esa comisión divina que nos levanta más allá de la mera experiencia: que me salvé, que oro, que leo la Biblia, que me congrego, que asisto a las reuniones, que formo parte del grupo tal o cual. Mucho más allá y muy sobre esto hay un llamado, una visión celestial.

Es la visión celestial que nos ayuda a no perdernos entre una multitud de conceptos y preceptos cristianos, de acciones y obras espirituales, de reuniones y actividades; es algo que nos levanta para hacernos mirar las cosas de Dios por los ojos de Dios, como si estuviéramos mirando todo sentado a su lado, compartiendo sus pensamientos, su expectativa y su emoción.

Cuando el Espíritu Santo implanta la visión en nuestro ser, esa visión nos domina, nos llena; es como una gloria que nos ilumina, nos excita, nos emociona, hemos conocido la mente del Altísimo, sus pensamientos, sus deseos; vemos y comprendemos su obrar y todo nos resulta excitante y maravilloso. Al impartirnos su conocimiento nos ha dicho:

“¿Quieres colaborar conmigo, quieres ser mi conductor? Tú y yo lo haremos juntos. Yo, solo, no lo puedo hacer, te necesito. Si colaboras conmigo te haré participe de mi gracia, mi presencia y mi poder. Juntos haremos proezas, venceremos al maligno, llenaremos mi gloria con hijos que brillarán como estrellas a eterna perpetuidad. Te será administrada una amplia y gloriosa entrada a mi presencia cuando hayas peleado la buena batalla y acabado con victoria tu carrera. ¡Recibirás de mi mano el premio, te coronaré de gloria para siempre!

A.1 Dios imparte la visión individualmente.

No es algo que se recibe colectivamente, o que se comunica del púlpito. Es algo que el Espíritu tiene que imprimir personalmente en cada uno, por medio de su iluminación o conocimiento. Efesios 1.18 *“Alumbrando los ojos de vuestro entendimiento para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”*.

Es algo que viene cuando meditamos, pesando esta revelación en la presencia de nuestro Padre al recibir la iluminación del Espíritu. Es algo que penetra y se hace fuerte en nosotros cuando nos disponemos y nos entregamos para obedecer la visión; cuando nuestra voluntad se rinde para unirnos al deseo de Dios y transformarnos en ejecutores con él.

A.2 Es para todos su hijos.

Esta iluminación del Espíritu no es la prerrogativa de algunos sino que es la voluntad de Jesucristo que todos sus discípulos, igualmente, estén saturados de la visión. Por eso Pablo escribe la carta a todos los efesios; por eso él es tan claro en dar énfasis a su llamado, su visión y su meta (Fil. 3) e insta a todos a imitarle. Dios no tiene hijos privilegiados: su revelación es para bendecir y

llenar a todos sus hijos. Es más, él necesita que todos estén llenos de su revelación para que con su pueblo pueda bendecir al mundo. Él quiere una Iglesia de hijos donde todos conocen a él y son conducidos y sostenidos por la visión de su glorioso llamado.

A.3 Es lo normal.

Es importante decir otra vez que aunque parezca extraordinario todo esto que venimos hablando acerca de la visión, no es extraordinario sino que debería ser muy ordinario, muy normal. En realidad es *“nuestro racional culto...”* (razonable, inteligente) Romanos 12.1. Lo contrario sería anormal: un discípulo de Jesucristo que carece de gloria; que no está excitado en cuanto a su divino llamado, que no tiene visión celestial, que sólo canta, alaba, ora y vive una vida espiritual sólo porque es cristiano y va a ir al cielo. Esto sí es anormal.

Recordemos que cuando Cristo nos llamó para servirle, nos impuso la condición de *“perder nuestra vida por causa de él y del evangelio”* Mr. 8.34-35.

El orden de Dios es que *“busquemos primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas nos serán añadidas”* Mt. 6.33

Este marcado desnivel entre el llamado de Dios y las demás cosas de nuestra vida es condición prioritaria si queremos ser obreros eficaces en nuestra obra.

Debemos ser, entonces, mucho más que hombres cristianos, conocedores de doctrinas espirituales, llevando vidas consagradas con buenas intenciones de servir al Señor, **TENEMOS QUE SER HOMBRES SATURADOS DE UN SUPREMO LLAMAMIENTO CELESTIAL.**

Los plagios:

Nos avergüenza saber que *“los hijos de este siglo sean, muchas veces, más sagaces que los hijos de luz”*. Nuestro enemigo sabe imitar y conducir a sus secuaces, entrenándoles a ser más obedientes a él que lo que somos muchos de nosotros a nuestro Señor.

Douglas Hyde, ex comunista convertido al Señor, en su libro *Dedicación y Liderazgo*, dice: “El comunismo llega a ser el elemento dominante en la vida de los comunistas. El comunismo apela al sentido idealista en forma directa y audaz. Ellos dicen, que si hacemos pequeñas, mezquinas demandas, también se nos devolverá esa misma medida de interés y devoción. Pero si demandamos mucho de ellos, obtendremos una respuesta heroica”.

Ellos tienen una voluntad para el sacrificio. Diría que más allá de toda duda, es un idealismo, su celo, su dedicación y su devoción a su causa que inspira su espíritu de sacrificio.

Ellos siempre trabajaron a través de una minoría. Ellos han dependido de los pocos fieles, aquellos que estarían dispuestos a sacrificar su tiempo, su energía y su devoción por mantener ardiendo la llama de la causa. Ellos tienen destreza en encender la imaginación y crear en sus seguidores una actitud de dedicación y compromiso, para disponer de una fuerza de hombres lista para una acción llena de eficacia y significado.

No creo que la fuerza del comunismo estribe en la fuerza de sus ideas. Yo creo, como creará todo cristiano, que el cristianismo posee algo infinitamente mejor para compartir que lo que tiene el comunismo. Pero la fuerza del comunismo estribe en sus hombres y en la manera en que ellos son usados. Y tienen algo común que les caracteriza donde quiera que vayan: unidad.

Hermanos, estamos imbuidos de un espíritu de gloria por causa de nuestro alto y sublime llamamiento. Todo esto comprenda una visión gloriosa que nos levante y nos impulse sobre todas las dificultades, sobre todas las pequeñeces. Dios nos haga hombres grandes, estables, gozosos,

lLENOS de fe. Que la visión celestial se encarne en nuestro ser, modifique totalmente nuestro estilo de vida, nuestra forma de pensar, nuestras decisiones, nuestro amor, nuestro trabajo, nuestro tiempo. La visión nos sature, nos domine, nos inspire, nos excite. Sea nuestro ideal, nuestro sueño. Que sea lo supremo, que sea nuestro glorioso Cristo Jesús revelado en su gloria y nosotros amándolo y sirviéndole conforme a su llamado celestial.

B.1 ¿QUÉ CONTIENE LA VISIÓN?

Cuando Pablo dice al rey Agripa: *“No fui rebelde a la visión celestial”*. Hechos 26.19, pienso que no se refería solo al resplandor de luz que le cercó, tampoco al solo conocimiento de Jesús. Era más que eso aunque entendemos que allí comenzó la revelación. Dios le llevó aparte y le impartió su completa revelación. Gálatas 1.15-17.

Por lo que posteriormente nos revela Pablo sabemos lo que Dios le impartió. Le reveló su plan, su propósito eterno en Jesucristo. Después le impartió el conocimiento de los recursos y la manera en que Dios quería que llevara a cabo la obra. Esto es lo que le capacitó para ser obrero idóneo, un verdadero arquitecto para edificar la Casa de Dios, su Iglesia.

Entonces diríamos que la visión contiene fundamentalmente:

a) EL PROPÓSITO ETERNO DE DIOS EN JESUCRISTO y

b) LAS INSTRUCCIONES Y ELEMENTOS PARA LLEVARLO A CABO:

1) Recursos

2) Modo de operar (Estrategia)

Nota: Aunque esto es lo fundamental, no es menos importante destacar que también nosotros, como siervos de Dios, EN LA VISIÓN DEBERÍAMOS VISUALIZAR (por la FE) LA PARTE NUESTRA EN EL PLAN DE DIOS: la obra que Dios hará a través de nosotros.

Cuando Pablo dice: *“llené todo del evangelio...”*, pienso que no fue algo casual, sorpresivo; lo vio antes. Lo soñó, lo deseó, se lo pidió al Señor. (*“Pídeme y te daré por herencia las naciones...”* Salmo 2.8 *“no tenéis lo que deseáis porque no pedís”* Santiago 4.2) Esta parte de la visión comprendía su obra, allí depositó su fe. Su obra estaba unida a la visión lo cual le dio ímpetu, abrió los canales de su espíritu, le brindó denuedo. Luego se lanzó adelante como a una cosa cierta. Quizá al principio no veía mucho ni lo veía claro, pero a medida que avanzaba en su ministerio su fe aumentaba y se hacía más clara la visión. Se lanzó adelante como a una cosa cierta, desestimó a los adversarios. Puso en subordinación su cuerpo, desestimó sus debilidades. Dios le honró de acuerdo con su fe.

Estas cosas componen el esquema de los estudios que consideraremos en las próximas clases.

2- EL OBRERO EN SU FUNCIÓN

Iván Baker

SU MODO DE OBRAR

Introducción:

Hemos hablado acerca de la disposición del obrero, también de su visión como el punto esencial de claridad, comprensión y fe acerca de lo que Dios le ha encomendado. Vimos que su visión está centrada en el propósito eterno de Dios. Sabe qué quiere Dios. Pero para que sea eficaz colaborador de Dios en la obra encomendada, no sólo debe saber qué quiere el Señor que su siervo haga. Esto hace que tengamos que definir el modo de obrar para lograr el debido impulso, objetividad y definición en la obra que debe hacerse.

Cuando conocemos qué quiere Dios, tenemos el plano; pero cuando conocemos cómo el Señor quiere que hagamos su obra, recién conocemos las herramientas y la manera de proceder con los materiales. Ambas cosas son igualmente importantes. Si tengo el plano pero no tengo las herramientas, no sé cómo lo tengo que hacer. Ambas cosas son igualmente importantes. Para realizar cualquier cosa es indispensable que determinemos concretamente cuáles serán los métodos para llevarla a cabo.

En esta lección entonces nos toca desarrollar la manera en que debemos movernos para llevar a cabo la obra del Señor.

EL MODO DE OBRAR DEL OBRERO.

Como la obra que Dios ha encomendado a sus obreros es espiritual y divina, la fuente en que debemos inspirarnos para conocer los métodos que Dios propone para hacer su obra, tiene que proceder de él mismo. Y él nos ha preparado una fuente abundante de inspiración que en su mismo Hijo Jesús quien es el siervo perfecto, el maestro consumado, en quien el Padre tuvo todo contentamiento.

Por muchos años se ha pensado que Jesús vivió en un tiempo remoto y que por lo tanto, no hay relación entre aquellos y estos días modernos de hoy, tan llenos de extraordinarios recursos. Sin embargo, al comparar el enorme éxito de la obra que hicieron los que siguieron a Jesús y el escaso fruto de estos tiempos modernos, a pesar de todo el bagaje de equipos y extraordinarios medios de comunicación, en todo el mundo los siervos de Dios están mirando otra vez a Jesús y hallando en su modo de obrar las claves sencillas, pero las más fundamentales para el más poderoso impulso en la multiplicación y la edificación de la Iglesia.

Es que aunque nos impacta la diferencia entre el mundo de los días de Jesús y el mundo de estos días, sin embargo los elementos esenciales que están en juego para la obra del Señor son exactamente los mismos: el hombre es igual, su necesidad es la misma, sus debilidades son las mismas, la forma de llegar a su corazón es la misma, el evangelio es el mismo, Dios es el mismo, y él quiere que su Iglesia sea la misma hasta el fin del mundo.

De esta manera Jesús se nos vuelve a presentar como el maestro perfecto y consumado, la verdadera fuente de toda inspiración para la obra que debemos llevar a cabo, del cual nunca deberíamos habernos apartado. 1 Juan 2.6, 1 Pedro 2.21

Entendemos que cuando el Señor da su mandato de hacer discípulos, él nos está enviando a sus discípulos para que tomen su mensaje y hagan como les parezca. La posterior obra de los discípulos nos hace entender que ellos obraron imitando a Jesús. Y esto es lógico. ¿Pensamos que el

Gran Maestro podría vivir y obrar con ellos tres años y medio, predicando y formando discípulos, sin que esto tenga valor?

Sería mejor concebir su mandato en estos términos: *“Como yo hice con vosotros, ahora vosotros también id, haced discípulos...”*.

HASTA QUE PUNTO DEBEMOS IMITAR A JESÚS.

La respuesta es muy simple: ¡En todo! Debemos imitarlo en todo lo que dijo y lo que hizo y también en cómo lo hizo. Igualmente debemos imitarle en lo que no dijo y no hizo. La Iglesia ideal es aquella donde se dice todo lo que Jesús dijo, se hace todo lo que Jesús hizo y no se dice nada de lo que Jesús no dijo, ni se hace nada de lo que Jesús no hizo. Son las cosas que decimos que no dijo Jesús y las cosas que hacemos que no hizo Jesús las que dañan y destruyen la Iglesia. Cuanto más literalmente entendemos esto, mayor aprobación y bendición tendremos de Dios sobre nuestra obra.

EL MANUAL DEL OBRERO.

Esto hace que los cuatro evangelios se constituyan en manual del obrero, que le enseñan de qué manera tiene que obrar para llevar a cabo la obra del Señor. Para esto es necesario leer los evangelios, no para buscar conceptos doctrinales sino descubrir la manera en que Jesús obró.

Cuando vemos a Jesús caminando, predicando y obrando entre la gente nos haremos algunas preguntas como estas: ¿dónde iba?, ¿cómo vestía?, ¿qué cosas llevaba?, ¿dónde hacía la obra?, ¿cómo se relacionaba con la gente?, ¿qué cosas pedía que le dieran para hacer la obra?, ¿en qué lugar predicaba sus sermones y a qué hora?, ¿qué pretendía obtener de los que le oían?, ¿qué hacía con los contenciosos?, ¿qué hacía con los que creían?, etc.

La respuesta que encontramos en los evangelios a esta clase de preguntas nos revelará el modo de obrar de Jesús, y esto es lo que tenemos que imitar, estudiando las definiciones y aplicándolas luego a nuestra forma de obrar.

Vemos algunas definiciones que aprendemos en el modo de obrar de Jesús:

1. NADA HACIA POR SI MISMO.

En primer lugar es necesario destacar este punto que está en la base del obrar de Jesús. El decía: *“Nada hago de mi mismo; el Padre que está en mí él hace las obras”*. Su relación con el Padre era perfecta y su obediencia a su voluntad también. Era el Espíritu Santo en él que imprimía la presencia, voluntad y poder del Padre. Esto hacía que él pudiese decir: *“El Padre que está en mí, él hace las obras...”* El solo era un instrumento entregado dócilmente. Aunque era Dios, se humilló hasta hacerse siervo perfecto para dejarnos ejemplo de lo que es vivir en el Espíritu.

2. EN TODO MOSTRO SENCILLEZ.

Su persona:

Entre los hombres era el más humilde: de oficio carpintero; se le llamaba “hijo del carpintero”. También se le decía “el carpintero”. No cursó estudios importantes y si fue a la escuela, habrá sido la que estaba al alcance de la gente pobre. Según los fariseos sería un hombre sin letras.

De su apariencia Isaías decía: No hay hermosura ni atractivo en él. Para identificarlos entre los discípulos, Judas dio la señal del beso. No tenía dinero ni bienes; El decía: *“Las zorras tienen sus cuevas y las aves nidos, mas yo no tengo donde reclinar mi cabeza”*.

Sus recursos para hacer la obra:

No tenía recurso alguno, es decir, ninguno especial. Su “material” era el corazón de los hombres en cualquier lugar y en todo lugar. Su “púlpito” consistía en lo que se le daba en cualquier parte a cualquier hora, ya sea caminado, de pie en la calle, en una plaza, en medio de una aglomeración, sentado a la mesa, sentado en su barca, en el brocal de un pozo, sobre una piedra, en un monte. Cualquier lugar, cualquier situación o elemento que tuviera a la mano era adecuado para hacer su obra. Su “libro” era su mente y espíritu entregado a su Padre para que el Espíritu Santo hablara e hiciera las obras.

Su lenguaje:

Aquí también vemos la sencillez de Jesús porque él hablaba el lenguaje común, el que todos entendían. Aunque él era Alto y Sublime, jamás afectó ostentación con su lenguaje, su sabiduría o su poder. En él no había nada para alimentar el orgullo de los hombres, sino que acomodaba sus palabras para que los más humildes pudiesen entender.

3. TENÍA PASIÓN POR SALVAR A LOS PECADORES.

El declaraba: *“El Hijo del hombre vino para buscar y salvar a los pecadores”*, y rodeaba todas las comarcas, ciudades y pueblos de Israel incansablemente predicando la palabra. Expresó su celo con estas palabras: *“Mi comida y mi bebida es que haga la voluntad de mi Padre y que acabe su obra”*.

Fue notable la importancia que daba a una sola persona: El ciego Bartimeo, que para atender su clamor, detuvo la multitud; lo mismo hizo con Zaqueo: detuvo la predicación para comer con él en su casa; la mujer de Samaria, Leví, etc.

4. TENÍA COMPASIÓN DE LOS HOMBRES

Tenía compasión de los hombres porque los veía como ovejas desparramadas sin pastor. Lloró sobre Jerusalén usando palabras tan tiernas para expresar cuando había amado y deseado la salvación de ella, *“...cuántas veces quise juntar a tus hijos, como gallina junta sus polluelos debajo de las alas...”*

El joven rico se fue triste, porque no recibió la palabra de Jesús, pero Jesús le amó.

5. SE DABA A SI MISMO

El sentido básico de su proclama consistía en presentarse a sí mismo como una entrega de amor. Era el pan del cielo para que los hombres coman; era el agua viva para que beban. Su proclama era: *“Venid a mí...”* *“Sígueme”*.

6. NUNCA PROCURÓ MOVER A LOS HOMBRES PARA QUE VENGAN A EL

Él iba hacia los hombres y tenía encuentro con ellos en el lugar y en las circunstancias mismas donde se hallaban y no procuró que los hombres viniesen a él. Esto es porque Jesús conocía la condición del hombre, que está ciego, preso y muerto por el pecado. 2 Corintios 4.4; Lucas 4.18; Efesios 2.1. Su llamado: *“Venid a mí...”* ocurría cuando estaba frente al pecador y se refería a una transacción espiritual y no a un movimiento físico del hombre.

7. DEDICÓ SU MINISTERIO PRINCIPALMENTE A LA FORMACIÓN DE 12 HOMBRES

Esto se evidencia en que es a estos doce hombres a quienes dedicó la mayor parte de su tiempo. Es a estos a quienes él se entregó a sí mismo. Le reconocieron íntimamente, volcó en ellos todo lo que tenía hasta donde alcanzaba la capacidad de ellos. Juan 13.1. Luego le confió al Espíritu Santo para que completara en ellos ese depósito. Juan 16.13

Predicó a las multitudes pero reveló su verdad solo a esos doce hombres a quienes llamó apóstoles. Mateo 13.10-17

8. ESOS DOCE HOMBRES CONSTITUYERON SU EQUIPO DE TRABAJO

Una premisa en la estrategia de Jesús fue el llamado de estos doce hombres para que le acompañasen en su ministerio. Fue una de las primeras cosas de que se ocupó al principio de su predicación.

Una de las razones para esto fue lo que expusimos en el concepto anterior. Pero también es cierto que ellos constituirían la pequeña compañía de amigos que formarían su equipo de trabajo.

¿Necesitaba Jesús estar acompañado? Sí. El necesitaba el amor y la consolación de esos hombres. El que dijo en el principio: *“No conviene que el hombre este solo”*, necesitó de compañía. El que posteriormente los mandó de dos en dos, conocía en carne propia el valor de esa amistad. Esos hombres le amaron, cuantos tantos le odiaron; le comprendían cuando tantos no le comprendían. Fueron su consuelo cuando todos le dejaban. Los oídos de ellos estaban abiertos y le oían atentamente, cuando tantos otros le desoían. Con ellos abría su corazón, razonaba, oraba, caminaba y predicaba. Cuando en Getsemaní no pudieron velar junto a él, Jesús se angustió en espíritu y sintió su soledad. Mateo 26.37-40.

9. USO DE SUS DISCÍPULOS COMO PUENTE PARA ALCANZAR A OTROS

Jesús veía detrás de los que se convertían a otros que pudieran ser alcanzados: El hombre de Gadara: *“Ve y cuenta a los tuyos...”* Marcos 5.19-20; la mujer de Samaria: *“Ve y trae a tu marido”* Juan 4.16-28; Zaqueo: *“Es necesario que hoy pose en tu casa”* Lucas 19.2-10

De la misma manera Jesús usó a sus discípulos: Leví: cuando sigue a Jesús, le lleva a su casa; Marcos 2.14-15; le vemos en casa de Pedro: Mateo 8.14. También fue y predicó en las ciudades de sus discípulos: Mateo 11.1

Los apóstoles también imitaron a Jesús en esto: Pablo cuando se convirtió Lidia: Toda su casa oyó la palabra Hechos 16.14-15; cuando se convirtió el carcelero: Predicó a toda su casa Hechos 16.32; etc.

10. LES ENVIÓ COMO EL PADRE TAMBIÉN LE HABÍA ENVIADO A ÉL.

Después de tres años y medio de estar con ellos, la noche del mismo día en que Jesús resucitó, al impartirles el Espíritu Santo, les envía con estas palabras: *“Como me envió el Padre, así también yo os envío”* Juan 20.21

11. LES CONFÍO AL CUIDADO, AL ESPÍRITU SANTO

Notemos que esta era una condición indispensable. A pesar de que Jesús había terminado su obra los apóstoles estaban mucho menos que preparados. Los últimos acontecimientos que precedieron la crucifixión mostraron la debilidad, temor e ineptitud de ellos para afrontar la continuación del ministerio de Jesús.

Pero Jesús, que sabía bien lo que hacía, confiaba plenamente en la sabiduría y poder del Espíritu Santo para capacitarlos plenamente. Y esto es lo que se nota en la autoridad y habilidad con que los apóstoles comenzaron su ministerio el día de Pentecostés.

Notemos algunas cosas:

a) Después de enviarles, Jesús sopló y les dijo: *“recibid al Espíritu Santo”* Juan 20.21. De esta manera el mismo Espíritu que está en Cristo es insuflado en sus apóstoles (Como si fuera la segunda vez que Dios se inclina y sopla su aliento en el hombre).

b) Luego *“les abrió el entendimiento para que entendiesen las Escrituras”* Lucas 24.25. Ese fue el momento cuando el Espíritu Santo que se sujeta en todo a Jesús comienza su obra de instrucción y revelación.

c) Luego les manda a quedarse en Jerusalén, hasta que fueran investidos con el poder de lo alto. Lucas 24.29. Esto iba a ser el revestimiento de poder que les daría autoridad para actuar entre los demonios y los hombres y hacer la obra. Literalmente es una investidura de autoridad divina, visible a los espíritus.

De esta manera, Jesús les constituía en continuadores de su ministerio, con su misma autoridad y su unción. Ellos eran el segundo eslabón en una cadena de siervos de Dios que en sucesivos ciclos llevarían el mensaje de Jesús y edificarían la Iglesia hasta el día del Señor cuando Jesús mismo, en su venida, ponga fin a la predicación del Evangelio.

Nota: *Hay muchas cosas más que aprender en los evangelios, acerca de la vida de Jesús y su forma de operar, pero estas son suficientes para que los obreros del Señor tengamos una orientación cierta para establecer los principios más fundamentales en nuestra manera de obrar.*

3- SU CARÁCTER

Iván Baker

EN TODO MOSTRÓ SU SENCILLEZ

En cuanto a la sencillez de Jesús, lo primero que tenemos que destacar es que:

A) Era humilde.

Como discípulos de Jesús, los que hemos encarnado su mismo ministerio, debemos oír su mandamiento: “*Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...*” Mateo 11.29. Nos damos cuenta que no puede haber nada más contrario a Cristo que un espíritu orgulloso. Al menos hay expresiones bien definidas en que se manifiesta el espíritu de orgullo:

- a) Querer ser alguien, tener dotes espirituales, ser brillante, sobresalir.
- b) Querer ser servido, mandar, tener autoridad, procura de liderazgo.
- c) Querer ser honrado, buscando posición, dinero, posesiones, etc.

Si es que nuestro carácter no ha sido debidamente tratado por Dios, tenemos que tener cuidado. Porque siendo obreros que aspiran a cargos de responsabilidad en la Iglesia, muy fácilmente esa aspiración puede transformarse en una intención carnal, apeteciendo alcanzar liderazgo. En realidad la iglesia ofrece el más alto de los liderazgos porque allí actuamos de parte de Dios mismo, y tenemos influencia sobre las almas y los espíritus. Nos miran como representantes de Dios y nos brindan el más alto amor y respeto. Y debe ser así. Dios manda que se ame y respete a sus obreros. Pero Dios también pone mucho cuidado en amonestarnos, no sea que de repente nos apropiemos de alguna gloria que sólo corresponde al Señor; que nuestra carne comience a gustar y a beber de la fuente de orgullo. Ejemplo: Diótrefes 3º Juan 9; Pablo y su agujijón 2º Corintios 12.7

Por eso nos conviene marcar claramente este aspecto en la vida de Jesús: su humildad e imitarlo. A través de Jesús se manifiesta la humildad de Dios. La cuna en el pesebre, la modesta casa de Nazaret, la carpintería de José y la modesta vida de Jesús; no fueron circunstancias que se dieron al azar sino que obedecieron a una deliberada situación de Dios. Fue el entorno adecuado que escogió para su Hijo. El tenía que ser ejemplo de humildad como eficaz antídoto del orgullo del hombre. Evidentemente el dueño del universo ha querido dejar bien marcada la lección de la modestia. No cabe en un discípulo de Cristo el afán por alcanzar posición, fama entre los hombres o riquezas materiales.

Pero no sólo nos dio el ejemplo, sino también el mandamiento: “*... sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige como el que sirve*”. Lucas 22.26

B) No era pretencioso.

La sencillez de Jesús también se notaba en que para hacer la obra no echaba mano a ningún recurso especial. Al adoptar este modo de obrar, lejos de limitarse, se le abrían todas las posibilidades. Cualquier lugar o circunstancia era recurso adecuado para cumplir su ministerio. Esto hacía que él estuviera permanentemente en contacto con la gente y que fuera accesible a todos. En la imitación de Jesús todo el andamiaje mundano y ostentoso se desploma y la iglesia vuelve a su imagen primitiva de la humildad.

La iglesia deja sus posesiones, grandes edificios e instituciones e invierte su dinero en misiones, obreros y los pobres y necesitados de la grey. Para la predicación y el ministerio adopta los recursos comunes que se dan naturalmente. La iglesia deja de estar escondida cómodamente en sus edificios y se vuelca a las calles, las avenidas, las plazas buscando los grandes lugares de

aglomeración para predicar y ganar a los pecadores. Los hogares vuelven a ser los centros donde se forman los discípulos.

Veamos algunas cosas más que hacen a la sencillez en la imitación de Jesús:

a) Ubicarnos como instrumentos de Dios y no como los que hacemos la obra.

Cristo es la vid, nuestro Padre es el labrador, nosotros somos los instrumentos en las manos del labrador. Nosotros predicamos, él, por medio del Espíritu Santo convence de pecado y convierte. Nosotros no somos responsables de la conversión de los pecadores, sino sólo de la predicación. A veces hemos tenido temor de predicar a alguno “porque después nos vamos a sentir responsables de seguirle hasta que se convierta”. También hemos dicho alguna vez: “No voy a hablar a muchos porque después no podré dormir de noche pensando en mi responsabilidad de hacer un seguimiento de cada caso”. Otras veces hemos señalado por nuestra cuenta a alguno y hemos declarado que se va a convertir. De ahí en adelante hemos trabajado e insistido sin resultado positivo. Eso también nos ha frustrado.

Debemos ser más modestos y dejar a Dios la parte que le corresponde a él. Nuestra parte debe ser descubrir aquellos en los cuales vemos que el Espíritu Santo está obrando. Jesús dijo: “*Ninguno puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere*”. Juan 6.44. Aprendamos a usar el evangelio como si fuera un radar para descubrir a los que tienen sed de Dios.

b) Aprender a hacer la obra con los recursos que se nos dan en la mano.

Para nuestra función como obreros debemos valorar mucho lo que se nos da, lo que tenemos, nuestras circunstancias, nuestra esposa, nuestros hijos, nuestra casa, nuestro barrio, el lugar de nuestro trabajo, los lugares que nosotros frecuentamos. Lo fundamental no es buscar otro lugar y otra circunstancia sino transformar las circunstancias por nuestra presencia y por nuestra palabra. Lo fundamental es estar fortalecidos e iluminados por el Espíritu Santo. Así que uno de nuestros más grandes aciertos será hacer buen uso de las circunstancias comunes que se nos dan. Luego ser diligentes en seguir a los que manifiestan sed.

c) Saber ser “heraldos” y no eruditos polemicistas

No dijo Dios que tenemos que contestar todas las preguntas. Nuestra mejor respuesta será insistir en explicar y repetir lo que hemos predicado.

d) Que no nos perdamos más entre las muchas páginas de la Biblia sino que sepamos “trazar bien la Palabra de verdad...” Yo diría que redescubramos “la pequeña Biblia de los apóstoles”. Es decir, los mandamientos de Cristo. Lo que llamamos “la Carpeta de las Enseñanzas” es precisamente esa palabra de Cristo. Cuando la completemos queremos que contenga todos los mandamientos del Señor que son los que él mandó a predicar. Mateo 28.19-20

e) Que la plenitud del Espíritu sea algo presente, accesible, vigente y no algo misterioso y lejano.

f) Que la oración sea fácil, hablando con nuestro Padre como un amigo, un compañero. Que sea fácil, constante, eficaz por causa de una fe basada en un amor sincero donde todo se cree, todo se espera, todo se puede en Cristo.

g) Que nuestra predicación sea sencilla, constante, saturada de humildad, gracia y misericordia, que usemos mucho nuestro testimonio y experiencia, que no nos preocupemos en saber muchas cosas “*sino sólo a Jesucristo y a éste crucificado*”. Que lo declaremos con lenguaje

sencillo no pretendiendo afectar mayor sabiduría cuando estamos con gente más ilustrada. Con ellos seamos igualmente sencillos. Así fue Jesús.

h) Que no tengamos temor de repetir. No nos cansemos de repetir. La repetición es la que ayuda a los que escuchan a comprender y a nosotros a quedar más claros y poseídos de la Palabra. No procuremos novedades. No hay novedades. Dios está repitiendo las mismas cosas desde la eternidad pasada. La novedad, lo nuevo, es el vigor espiritual que el Espíritu da a la Palabra. Cada vez que lo repetís tendrá una nueva gracia, una nueva profundidad, si lo das en fe el Espíritu dará vida a la palabra. Con Dios las cosas viejas se hacen nuevas constantemente. El buen levita es el que saca de sus tesoros cosas nuevas y viejas. Pero es que las viejas son hechas nuevas por Dios. Como Juan que dice que nos da un mandamiento nuevo, y luego aclara que es el viejo mandamiento. 1º Juan 2.7-8

En todo esto imitemos la sencillez que había en Cristo.

4- SU DISPOSICIÓN

Iván Baker

TENÍA PASIÓN POR SALVAR A LOS PECADORES

Jesús declaró que el objetivo principal de su presencia entre los hombres consistía en “buscar y salvar” a los pecadores. Lucas 19.10. Nosotros también, como continuadores de su obra, no podemos pensar que la salvación de los pecadores ocupe el lugar de un ítem más en nuestra agenda, sino que debe ser aquello a lo cual nos entregamos prioritariamente, siguiendo las mismas pisadas de nuestro Maestro. Compentrados de nuestro llamado debemos arder con pasión por la salvación de los pecadores, alcanzando el objetivote Dios y cumpliendo la obra que nos ha encomendado. A ello debe estar dedicada nuestra principal atención, capacidad y tiempo.

A) Lo que le hace posible.

1) La unción que Jesús nos impartió.

El haber sido enviados por Jesús para esto mismo, con la misma gracia y unción con que él fue enviado. Juan 20.21; mateo 28.18-19; Hechos 1.8

2) Por el gozo propuesto.

Jesús tenía un “gozo que le fue puesto delante de él”. Este gozo le ayudó a sobrellevar todas las cargas y penas de la tarea. Hebreos 12.2. Su gozo consistía en anticipar el día de su entrada triunfal al Padre “con los hijos que Dios me dio”. Hebreos 2.13. Nosotros también como nuestro Señor, podemos anticiparnos al gozo de nuestra entrada en los cielos, no solos, sino con aquellas preciosas vidas redimidas que Dios ha dado como fruto de nuestro trabajo. Salmo 126.6. Como también Pablo calificaba el fruto de sus trabajos en el evangelio, diciendo: “*gloria y corona mía...*” Filipenses 4.1

3) Por lo precioso que es el hombre.

Sólo el Padre, que sabe, puede explicarnos el valor del hombre. Para él no hay cosa más preciosa en el universo. Tanto lo infinito de su perdición como la gloria indescriptible de su salvación, nos presentan el desafío a esforzarnos en nuestra tarea divina de salvarle. De lo contrario, ¿cómo explicaríamos nuestra negligencia siendo que somos los portadores de su salvación? De ahí la exclamación de Pablo: “*Ay de mí si no anunciare el evangelio*”. Pablo sabía pesar el valor del hombre y de la investidura que él tenía como portador de “*una salvación tan grande*” 1 Corintios 9.16

B) De qué manera expresamos esta pasión.

Este sentir no debe ser una pasión pasiva sino activa ¿Cómo?

- a) llegando a los pecadores
- b) proveyéndoles toda la gracia y los recursos que estén a nuestro alcance para su salvación, cuidado y edificación.

C) Los estorbos.

Debemos estar atentos a los estorbos. Algunos de ellos pueden se:

1) Que estemos atrapados en un incorrecto esquema de vida.

Estar abrumados por muchos intereses seculares. El afán por alcanzar posición ó riqueza. Me refiero a todo lo que sobrepasa la legítima necesidad y cuidado de nosotros y nuestras

familias. Lo legítimo lo alcanzamos en un marco de confianza en Dios quien ha prometido proveer. Somos sus siervos. Pero cuando pasamos la medida de lo prudente, podemos estorbar nuestra oportunidad y eficacia en el servicio. Debemos recordar el oportuno consejo de Pablo a Timoteo: “*Ninguno que milita se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo tomó por soldado*”. 2 Timoteo 2.4

2) Quedar afectado por los ataques del enemigo.

Podemos estar ciertos que el diablo se empleará a fondo con toda su astucia y todas sus armas para estorbarnos en el cumplimiento de nuestra suprema misión. Entre las muchas armas que él usa hay cinco que se destacan:

a) Desaliento. Procurará convencernos que no podemos. Que tenemos muchos defectos..., que no hemos crecido lo suficiente, o que no es responsabilidad nuestra sino la de otros que tienen “un don especial”.

b) Distracción. Procurará llenarnos de muchas “actividades en la obra del Señor”, pero que nos distraen del propósito supremo de Cristo. Se dice que “lo bueno es enemigo de lo mejor”.

c) Dilación. No dirá que no es tiempo... que lo dejemos para mañana. Que debemos procurar nuevas y mejores circunstancias y oportunidades. Que este caso no tiene importancia... que ese no se va a convertir. Que ya hemos trabajado demasiado... que ya hemos cumplido nuestra cuita. Recordemos a Pablo, que aún anciano, se ocupaba fervorosamente en ganar a otros para Cristo.

d) Confusión. Tratará de apartarnos de la sencillez y hacerlo todo muy difícil y complicado. Algo que sólo con “mucho preparación” y “habilidad” se puede realizar.

e) Orgullo. Haciéndonos sentir fuertes en nosotros mismos y no depender del Espíritu Santo: “ya lo sabemos hacer”... somos expertos, etc.

TENÍA COMPASIÓN DE LOS HOMBRES

“Y al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor”. Mateo 9.36

Todo el ministerio de Jesús fluía de esta compasión por los pecadores.

No había venido para criticar ni para condenar, sino para salvar. Al hacerlo él manifestaba el gran amor de Dios por una humanidad perdida.

Nosotros, como obreros del Señor somos sacerdotes, somos “puente” entre ese gran amor y misericordia y los hombres necesitados. Y es porque el mundo está tan carente de amor, que la manifestación de la misericordia de Dios a través de nosotros, viene a ser como el néctar que les atrae irresistiblemente. Esa compasión es el óleo divino que hace llegar el evangelio a sus corazones.

Veza tras veza en los testimonios se expresa que no fue tanto el bien pulido mensaje, sino el amor que les ganó. Nos han dicho más de una veza: “No entendí nada.... Pero sentí el amor...”

A) Debemos ser auténticos.

No podemos simular. La verdadera compasión sólo fluye cuando en verdad amamos y el Espíritu Santo toca nuestro corazón para hacernos sentir la necesidad del pecador.

También es la manifestación de esta sincera compasión que da autenticidad al mensaje mismo. Es decir, que estaremos revelando a Dios mismo en su carácter de amor y compasión. Salmo 103.11

Pero esto no nos debe resultar difícil ya que él ha derramado en nosotros su amor. Romanos 5.5

B) Debemos quitar la atención de nosotros mismos.

Nuestra atención debe estar colocada en Dios y el pecador, puesto que es Dios mismo que se encuentra con él a través de nosotros. La mejor manera de olvidarnos de nosotros mismos será concentrar nuestra oración y dependencia del Espíritu Santo para inspirarnos a la vez que abrimos el corazón para comprender la necesidad del pecador.

Debemos despreocuparnos de:

- Estar preocupados por ser bien recibidos, honrados o atendidos.
- Estar preocupados por “hacer un buen papel”.

Toda intención que no sea un sincero y sacrificial interés en el pecador necesitado estorbará el libre fluir de la compasión de Cristo.

SE DABA A SI MISMO.

Jesús se daba a si mismo. Él era el pan que se ofrecía para que los hombres coman; era el agua viva que otros podrían beber. Predicaba, pero él mismo era la sustancia de su predicación. Responder a su mensaje consistía en “venir a él”, “comer de él”, “beber de él”.

Cuando decía: “*El Reino de Dios ha llegado*”, implicaba que él había llegado. Cuando decía: “*está entre vosotros*” era que él estaba entre ellos. Él era la presencia misma de Dios encarnada, visible y tangible. No podía mandar libros o explicaciones o sustitutos; él mismo tenía que estar presente.

Jesús está ahora en la tierra en la persona de sus discípulos, que somos nosotros. Su Iglesia es la suma de su manifestación al mundo. Él, ahora, se da a los hombres a través de nosotros. Nosotros podemos dar muchas cosas a los hombres: sermones, artículos impresos, consejos, cordialidad; pero no habremos dado nada hasta que nos hayamos dado a nosotros mismos.

A) La clave.

Podemos equivocarnos pensando que al ser heraldos, el mensaje es lo más importante. Cuando, en realidad, el mensaje no es más que un anuncio. Al darlo estamos diciendo: “Vengan al banquete”, “vengan a comer”. Cuando vienen, no están buscando más explicaciones acerca de la “comida” sino que nos están buscando a nosotros. Nosotros somos “la comida” y “la bebida” que Dios les ha preparado. Esto es porque Cristo se manifiesta a través de nosotros.

Es a través de nosotros que fluye la salvación y la vida de Cristo. Esta es la clave. Así como cuando inclinamos un cántaro lleno y volcamos su contenido en uno vacío. Así Dios ha provisto que de nosotros mismos fluya la vida de Cristo.

B) Esto requiere darnos.

Fundamentalmente requiere apartar de nuestro tiempo para brindarnos y servir a otros. Cuando otros pueden disponer de nuestro tiempo estaremos dando parte de nosotros mismos.

C) Ellos buscan al Cristo que está en nosotros.

Ellos buscan la fuente de salvación y vida que Dios ha atesorado en nosotros por medio del Espíritu Santo, lo cual es Cristo mismo en nosotros. Juan 7.38-39; Colosenses 1.27. El darnos debe implicar: dar a Cristo. Que ellos palpen en nosotros su compasión, su mansedumbre, su paciencia, su compañerismo, su verdad, su vida.

D) No es cómodo.

Ninguno podrá brindarse de esta manera si sólo atiende su propia comodidad. Esto requiere dedicación, propósito, visión, sacrificio. También requiere un vaso limpio y lleno.

E) No podemos darnos a todos.

Se trata de una entrega real y efectiva que demandará mucho de nosotros. Por eso sólo podremos darnos de esta manera a un limitado número de personas. A muchos les daremos algo pero es sólo a algunos que podremos dar todo. Ejemplo: Jesús sólo se dio de esta manera a doce hombres.

F) Debemos discernir cuando hemos completado la obra de ellos.

Jesús entendió cuando había completado su obra en los doce.

G) Nuestra familia.

Esta entrega, corresponde hacerla primeramente a nuestra propia familia.

5- SU ESTRATEGIA

Iván Baker

INTRODUCCIÓN:

Hemos visto hasta aquí en el ejemplo de Jesús, Su Fuente de poder, Su Carácter y Su Disposición. Finalmente nos corresponde captar Su Estrategia, la que hemos dividido en seis puntos. El primero de ellos se refiere a su sentido de orientación en cuanto a su acercamiento al hombre:

NUNCA PROCURÓ MOVER A LOS HOMBRES PARA QUE VENGAN A ÉL.

Jesús nunca procuró mover a los hombres perdidos para que asistan a reuniones en tal o cual lugar y a tal o cual hora. Él iba a ellos. Y no solo esto, sino que aceptaba las circunstancias en que ellos se encontraban y se adecuaba a esas circunstancias haciendo ahí mismo su obra.

Este es el primer punto en la estrategia de Jesús que nosotros tenemos que imitar. Somos nosotros los que tenemos que ir a ellos y no ellos que tienen que venir a nosotros. Somos nosotros, los que debemos adecuarnos a las circunstancias de ellos y no ellos a las nuestras. Podrá moverse a la gente para congregarlos en encuentros y reuniones organizadas, pero esta pretensión nunca deberá sustituir el mandamiento de ir a ellos.

De la completa obediencia a esta premisa establecida en el mandato de nuestro Señor depende la gran obra evangelizadora. La evangelización no alcanzará su verdadera dimensión e impacto hasta que la Iglesia toda se movilice en esta dimensión. Esto hace que el evangelio se viva y se comuniquen en todo tiempo, en todo lugar y a toda criatura. Esta es la auténtica y permanente “campana evangelística” de la Iglesia.

Cada miembro de la iglesia debe cumplir esta consigna dentro de sus tareas y obligaciones diarias. Pero los pastores, que tienen todo su tiempo dedicado al ministerio de la palabra y la oración, deben establecerse en el mismo lugar de Jesús, allí al abierto, con el pueblo, accesible y notorios a todos.

Los primeros apóstoles entendieron esto y evitaron todo lo que les podría obstaculizar para imitar a Jesús. Hechos 6.4. Leer los Hechos de los Apóstoles, es suficiente para convencernos de la notoria vida pública de los apóstoles. Ellos imitaron bien a Jesús y eligieron el preciso lugar estratégico para la predicación.

¿Por qué es que la consigna impone nuestro encuentro con el pecador? Dios describe al pecador como un ser imposibilitado para venir a nosotros por su situación de:

- Ciego: “... el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos para que no les resplandezca la luz del evangelio...” 2 Corintios 4.4
- Encarcelado: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para... pregonar libertad a los cautivos...” Lucas 4.18
- Muerto: “Y él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos...” Efesios 2.1

Muchos de nosotros hemos sido ignorantes en cuanto a la condición espiritual del hombre sin Cristo y aunque está ciego, hemos pretendido que lea; aunque está encarcelado y engrillado por Satanás, hemos insistido que responda a nuestras invitaciones y aunque está muerto hemos insistido que venga a nosotros para ser resucitado. Con razón nos sentimos frustrados frente al magro resultado de nuestros grandes esfuerzos. Ahora oímos más claramente la voz del Señor diciéndonos:

“ID”. Su mandato es “id”, no que vengan. La condición fundamental es que el que tiene los ojos abiertos, vaya a abrir los ojos de los ciegos; que el que está libre, vaya y abra las puertas al cautivo y el que vive, vaya al muerto y lo resucite. Pero esta obra no es fácil, presupone importunarles, molestarles y requiere de nosotros coraje, tenacidad, gracia y mucha paciencia. Esta obra nace del amor por ellos y sólo es posible en el poder del Espíritu Santo.

Este ministerio tiene que ver con los pies, por eso el profeta exclama: “*Cuán hermosos son los pies de los que anuncias la paz, de los que anuncian buenas nuevas*”. Romanos 10.15. Como heraldo debemos estar siempre atentos a toda oportunidad que se nos presente y también saber crear oportunidades por nuestro denuedo y amor por los que se pierden.

No es difícil entender también el valor y la necesidad de nuestra presencia en contacto directo con el pecador.

Nuestra presencia:

A) Le cubre y liberta.

Al acercarnos a los hombres ellos estarán concientes que por medio nuestro se les acerca la autoridad de Cristo. El Espíritu Santo estará presente para ayudarles a vencer el espíritu engañoso que les ha oscurecido la vista espiritual. La mente del incrédulo queda iluminada para que comprenda y vea la verdad. Dios descubre al hombre y le libera de sus ataduras satánicas, y así puede beber de la fuente de vida que es Cristo.

B) Nos permite obrar con entendimiento espiritual.

Palpamos las vidas, discerniendo la necesidad particular de cada uno, oyendo sus preguntas y sus respuestas; viendo la manera en que el Espíritu obra. Esto hace que podamos continuar edificando las vidas con sabiduría.

C) Nuestra presencia le provee todos los recursos de la Iglesia.

Una parte fundamental en la conversión del pecador es su comunión inmediata con el cuerpo vivo de Cristo. En este contacto directo se da esta condición de compañerismo y amor, que es indispensable. A través nuestro tiene acceso a la iglesia misma con todos los recursos.

DEDICO SU MINISTERIO PRINCIPALMENTE A LA FORMACIÓN DE DOCE HOMBRES.

Este es otro punto importante en la estrategia de Jesús. Es notable descubrir que Jesús, a pesar de su vasto programa de predicación, concentro sus mayores esfuerzos y dedicación sólo a las formación de doce hombres.

Aquí descubrimos un principio de:

A) Selección.

De los que creyeron eligió a los que estarían con él. Jesús no imprimía un sentido democrático a su ministerio. Para él los hombres no eran todos iguales. A algunos ni les contestaba las preguntas, a otros les consolaba y sanaba, mientras que a otros les revelaba los misterios del Reino de los cielos. Mateo 13.16. El obraba de acuerdo con lo que veía en los corazones, pero él nada hacía sin el Padre. Pasó la noche orando antes de elegir a los discípulos. Para él, los que eligió eran un don que el Padre le había dado. Juan 17.9. También se sintió responsable por ellos delante de su Padre a quien dio cuenta de lo que había hecho con ellos. Juan 17.12

Al imitar a Jesús en esto no es cuestión de formarnos un esquema de que “uno tiene que tener doce”. Pero sí, debemos aprender a aplicar este principio de su estrategia para alcanzar eficacia en nuestro ministerio y no diluir nuestro esfuerzo,

El Espíritu Santo nos guiará a tomar a algunos que son más estables y comprometidos a quienes nos dedicaremos más particularmente. Es importante que sea un número no más grande de lo que podemos atender en el tiempo que disponemos. Con estos nos dedicaremos dando todo de nuestra parte. Cuando observamos que hemos cumplido nuestro objetivo con ellos podremos responsabilizarles para que sigan adelante con menos dependencia de nosotros y estaremos más libres para tomar a otros.

B) Dedicación.

A los que eligió Jesús se dedicó particularmente atrayéndoles, amándoles y haciéndose accesible a ellos en todo. Su intención era darse a ellos para que pudiesen recibir de él, hasta hacerse semejantes a él.

Estos serían los hombres que más conocerían su relación con el Padre, su sencillez, su visión y pasión por salvar a los hombres, su compasión y la ofrenda de sí mismo.

Como Jesús, también nosotros debemos dedicarnos a esos discípulos que hemos seleccionado. Nuestra entrega a ellos debe expresarse en:

a) Darles nuestro tiempo: Lo que sea necesario para la obra que pretendemos hacer. Al dar nuestro tiempo estaremos dando esa misma proporción de nuestra vida.

b) Brindarles convivencia: Dentro de nuestras posibilidades debemos acercarnos lo más posible a esto.

c) Hacerles partícipes de nuestros trabajos en la obra: Al principio ellos no actuarán, pero oirán y mirarán. Ellos necesitan nuestro ejemplo. Después serán nuestros mejores colaboradores.

C) Formación.

Al convivir con Jesús y al acompañarle y participar de su ministerio, los discípulos hallaron el “aula de la escuela” de su Maestro. Esta escuela fue sublime en su sencillez e inigualable en su idoneidad para la enseñanza y edificación de sus vidas. Sus lecciones estaban cargadas de significado ya que no consistían en clases teóricas.

Jesús había escogido el “método didáctico” por excelencia. Las lecciones llegaban al corazón, saturaban la mente, dejaban huellas imborrables, de significado emocional, mental y espiritual. No hacía falta mucha retentiva o inteligencia para asimilarlas; penetraban por los ojos, los oídos, la conciencia y el corazón. Todo el ser palpitaba ante un Maestro que vivía y actuaba la voluntad del Padre delante de ellos. Se aprendía lo que no alcanzarían los libros a descubrir o las palabras para explicar. Juan 21.25. Es que era la forma de vivir y conducirse de Jesús que se iba plasmando en ellos. Aunque los discípulos era en su mayoría, hombres rudos, sin letras, entendieron todo a fondo y pudieron imitarlo y vivirlo.

Así también lo encontrarán los discípulos que nosotros estamos formando si imitamos a Jesús. El mismo Espíritu de Jesús estará con nosotros para que lo podamos realizar.

Punto clave:

Lo fundamental es que nos vean como hombres espirituales: humildes, dedicados, obedientes a Dios, dependiendo del Espíritu Santo. Debemos ir delante de ellos en todo. Si somos así podremos enseñarlo. De lo contrario no debemos, ni podremos. No podremos inducir a otro a hacer lo que nosotros no hacemos.

NOTA: Contemos a nuestra familia entre nuestros predilectos discípulos.

ESTOS DOCE HOMBRES CONSTITUYERON SU EQUIPO DE TRABAJO.

Cuando pensamos en Jesús, no pensamos en un hombre solo sino que le vemos acompañado de un grupo de doce hombres, sus discípulos más allegados. Nunca le vemos solo, a no ser en las ocasiones cuando se retiraba a parte para orar. Cuando marchaba él, marchaban sus discípulos; cuando se detenía, también se detenían ellos. Cuando iba a otra ciudad, ellos le acompañaban. Casi es imposible pensar en Jesús sin pensar en sus discípulos; como tampoco es imposible pensar en sus discípulos sin pensar en Jesús. Jesús y sus doce discípulos formaban una unidad, un equipo de trabajo. Eran un conjunto de hombres, unidos a favor de una causa, que actuaban bajo liderazgo. Esto define su equipo de trabajo.

Ahora debemos pensar qué significado tiene esto para nosotros ya que, evidentemente, ese equipo no se formó por sí solo. Los hombres, naturalmente no se unen, sino que se separan. O si se unen, más fácilmente lo hacen para lo intrascendente o para lo malo. Pero la experiencia nos dice que difícilmente se unen para el bien y menos aún para Dios. Es que estamos tocando otro punto importante en la estrategia de Jesús. El mismo, siguiendo un ordenamiento divino formó un grupo, porque en la índole de la obra que iba a efectuar él necesitaba esa compañía y ellos le necesitaban a él.

A. Jesús necesitaba a sus discípulos

Sorprendería quizá, tener que asegurar que Jesús solo, era débil. Hubo ocasiones cuando Jesús tenía que enfrentar situaciones solo. Esas fueron las situaciones de mayor tentación, cuando estuvo solo cuarenta días en el desierto, se nos dice que *“los ángeles le servían”* Marcos 1.13. Cuando anticipa la agonía de la cruz en Getsemaní, procura llevar a tres discípulos con él. Luego le manifiesta el dolor de su corazón al ver que no pudieron velar con él sino que se durmieron. Jesús necesitaba esa compañía para su:

a) Consuelo:

Mientras Jesús predicaba a las multitudes, discutía con sus adversarios y enfrentaba a las turbas muchas veces hostiles, los únicos que le comprendían y aprobaban eran sus discípulos. El percibía profundamente en su espíritu esa aprobación que se traducía en un indescriptible bálsamo de consuelo. Cuando era rechazado y humillado, ellos estaban dispuestos a compartir humillación. Esto se traducía en profundo consuelo para él. Una cosa es sufrir oprobio solo y otra, muy distinta, es sufrirla en compañía con quienes, nos entienden y comparten.

Cuando Dios dijo: *“No conviene que el hombre esté solo”*, involucró, no sólo el casamiento, sino también todo el suceso del hombre en su vida terrenal.

b) Fortaleza:

Jesús solo, era débil, aunque era el Hijo de Dios. Su tarea no concordaba con el príncipe de este mundo. Por el contrario, se oponía a él. Jesús era su adversario, lo cual hacía que tuviese que

resistir toda la oposición detractora del enemigo. Satanás procuraría por todos los medios de impedir cada paso que daba y detener cada palabra que hablaba. Trataría por todos los medios de atemorizarle. Y esto haría por la oposición de hombres burladores, de hombres malvados y la acción directa de demonios que procurarían degradarle, engréirle o confundirle.

Ah, pero en medio de esta hora tenía a sus discípulos. Ellos eran sus amigos, sus compañeros. Eran los que le comprendían: *“Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen”* Ellos le escuchaban, le admiraban, le amaban. ¡Qué inmensa fortaleza significaban estos hombres para su espíritu!

c) Inspiración:

En sus discípulos tenían con quienes descargar, explicar, razonar. Seguramente al hablar con ellos y revelar sus planes pasando revista a los acontecimientos, su espíritu ardía al contemplar sus rostros llenos de aprobación, admiración y expectativa. Su alma se descargaba con ellos y esto hacía que su espíritu se fortaleciese para la obra y sus pensamientos quedaran esclarecidos. Ellos eran para él una fuente continua de inspiración.

Pero los discípulos también necesitaban a Jesús. Además del formidable aprendizaje que recibieron al lado de su Maestro, ellos recibieron de él:

Estímulo: parece poca cosa pero, ¡qué importante es el estímulo de un maestro! Jesús les amó, cubrió sus defectos, les ayudó a amarse y a honrarse entre sí. Pero además, les fue conduciendo y animando a hacer la obra. Su propósito no era mostrarse a sí mismo grande e inalcanzable a los ojos de ellos, sino animarles a imitarle. Quizá la palabra de mayor estímulo que les dio fue esta: *“las obras que yo hago, haréis también; y aún mayores haréis...”*

Jesús les estimuló el desarrollo de ellos en una forma tan natural: acompañándole, obrando con él y obrando para él (cuando les envió en comisión)

De esta forma los discípulos hallaron en la compañía de Jesús el mayor estímulo para el desarrollo de la habilidad y autoridad de obreros competentes.

¿Qué de nosotros?

Imitemos esta fundamental estrategia de Jesús. Preguntémonos: ¿Cuántas obras no hubiera podido realizar Jesús si hubiera carecido de esos compañeros? Pienso que muchas. Pienso que todo hubiera sido terriblemente difícil. Quizá imposible. Pienso que Jesús solo, dada la índole de la obra que tenía que realizar, hubiera sido algo extraño, antinatural, incompleto sin sus discípulos.

En cuanto a nosotros, pienso que no hace falta repetir las lecciones que hemos anotado más arriba. Como el Señor nos ha enviado a hacer la misma obra, en las mismas circunstancias, es natural que nos sintamos acicateados a imitar a Jesús en todos los puntos que hemos anotado.

Es importante que notemos que la compañía de sus discípulos, no le impidió hacer la obra que él tenía que realizar, sino por lo contrario, le ayudaron. Jesús redimió el tiempo haciendo dos cosas a la vez: Realizó su obra y formó discípulos.

Además, preguntémonos: ¿Qué otro medio podía haber usado el Señor para realizar su obra, si hemos comprendido cuán difícil le hubiera resultado sin la compañía de sus discípulos? Y en cuanto a la formación de sus discípulos, ¿qué otro medio hubiera podido usar para hacerles hombres hábiles y maduros ya que hemos entendido que su presencia, proveyéndoles estímulo y ejemplo era poco menos que indispensable?

El esquema de Dios para llevar a cabo su obra no presupone hombres solos sino hombres funcionando en equipo. Pero no simplemente en compañía sino concertados. Mateo 18.19. Los Hechos y la Epístolas abundan en ejemplos de esto. Detrás de cada obra pujante y efectiva había un equipo de hombres de Dios, concertados y obrando en unanimidad. Tenemos que comprender que esa cosa muy natural que entre aquellas que hemos ganado para Cristo algunas formarán nuestro equipo de trabajo. Pero tengamos en cuenta que esta clase de concertación es difícil.

No hay cosa contra la cual obre más el enemigo. Quizá tengamos que enfrentar problemas de quienes, cuando, donde y como, pero podemos estar seguros que el Espíritu Santo estará con nosotros ayudándonos porque esto es lo que el Señor más quiere y más